

*Simbiosis de naturaleza y paisaje, recién declarada Patrimonio de la Humanidad, los desafíos urbanístico ambientales que debe encarar la Ciudad Maravillosa, donde belleza innata y artificio samban pegados.*

# RIO SUENA

---

texto **Jorge Jaúregui**  
foto **Vivian Ribeiro**



Desde que recibió el título de Patrimonio Mundial, la ciudad maravillosa integra una lista de obras humanas “de peso”, en la que se ubican las Pirámides de Egipto y la Muralla China, entre más de 900 sitios especiales del mundo. Como el título conquistado fue en la categoría Paisaje Urbano, el mapeo de sus bellezas incluye al Pan de Azúcar, el Cristo (con sus imponentes 710 metros de altura), la Floresta de Tijuca, el Parque de Flamengo y la playa de Copacabana –ambos con firma del genial paisajista Roberto Burle Marx, también autor de las veredas que dibujan curvas albinegras en Ipanema–, el Jardín Botánico con sus impresionantes palmeras imperiales, el Arpoador y la boca de la Bahía de Guanabara, desvelo de cartógrafos en los siglos XVI y XVII. Todo eso, junto con la configuración de los diferentes barrios que se encajan como pueden entre el mar, las montañas y las lagunas, en una relación entre construcciones y naturaleza que, a pesar de todo, mantuvo el marco natural como ícono. El paisaje en Río es escenario y protagonista de la vida de la ciudad, y en la historia de Río la ciudad es paisaje. En 1927, Le Corbusier sintetiza esta simbiosis y propone una imagen de ciudad cinturón que va abrazando los morros, contraponiendo intervención humana y paisaje natural. Las ciudades son entretejidos de ambos elementos y en algunas de ellas las marcas de la acción humana hacen desaparecer las tramas naturales. Pero Río se mantiene como una de estas ciudades en las que el paisaje frecuenta la intimidad de la vida de sus habitantes, pobres o ricos, imponiéndose y participando de la cotidianidad colectiva y de la vida pública.

Tiene ahora Río por delante el enorme desafío de recuperar áreas verdes, y principalmente, de promover acciones de descontamina-

ción de ríos, lagunas y playas, buscando articular democráticamente sus diferencias, entre la ciudad formal y las favelas, garantizando el disfrute de la relación ciudad, naturaleza, urbanidad y espacio público de calidad en todos sus sectores, para todos sus habitantes y no solo para una parte de ellos.

La cuestión que se abre después del premio, es cómo ayudar a modificar el comportamiento del ciudadano y mejorar la gestión del poder público manteniendo y aumentando el orden en las calles, veredas y playas, llamando la atención de la sociedad civil y de los gobernantes sobre la obligación de una gestión eficiente, y la necesidad de una “ecología existencial” que modifique comportamientos, individuales y colectivos, para reequilibrar la relación masa verde-masa construida de la que hablaba Lucio Costa y que es un factor fundamental para una ciudad deseable de ser vivida por todos sus habitantes.

La reciente cumbre mundial Río+20 demostró los límites de dejar el “problema ambiental” al sabor del mercado o de los gobiernos interesados en la continuidad de las fuerzas hegemónicas del modelo de “desarrollo” vigente. La retórica verde fue banalizada y reducida a una lógica de gestión mercantil de procesos y productos “precificados”, perdiendo horizonte estratégico. La demanda por justicia ambiental en cuanto parámetro crítico de la razón vigente, tiene que encontrar su traducción práctica en transformaciones que produzcan efecto en el espacio y en la vida cotidiana.

En este contexto, la crítica ecológico-política adquiere total relevancia uniendo el verde (agenda ambientalista) con el rojo (lucha por la justicia social). Esa es la ecuación cromática que atraviesa a Río como a otras tantas urbes latinoamericanas.